

CIEN ISLEÑOS EN **GIBARA**¹

Gilberto García Hernández

Ocho meses después de haber llegado de Islas Canarias nos instalamos en Los Cupeycillos, en las faldas de la loma, lugar parecido a las elevaciones de Tenerife de donde éramos nativos. Con mi madre hice el viaje, en segunda clase, en aquel bergantín en el que no lejos de nosotros viajaban las reses y otros animales que traían para alimentarnos durante la travesía y de los que teníamos que respirar el mal olor que despedían. Permanecimos en la villa de Gibara los primeros meses, viviendo de la ayuda que nos proporcionaba un pariente, pero a pesar del cariño que nos unía a mi madre y a mí y de los esfuerzos que yo hacía para complacerla y no disgustarla, la nostalgia de la patria ausente y los recuerdos de días felices vividos con mi padre, del que se separó poniendo mar de por medio, hicieron que prestara atención a los requerimientos de aquel otro canario, Rodolfo, al que no tardó en hacer mi padrastro. Fue entonces que los tres nos fuimos a vivir a Los Cupeycillos.

Rodolfo era campesino como nosotros, un hombre fuerte, de recia estampa, de maneras desenvueltas, pero bruto y terco como una mula. Mi madre era una trigueña imponente, que se encontraba en esa edad de inquietudes, después de haber tenido un hijo muy joven y sin haber llegado todavía a los treinta. Desde que se encontraron yo percibí la fuerza de la atracción que los atrapó y cuando presentía los arrebatos del querer, me alejaba de la casa para que no tuvieran el estorbo de mi presencia y pudieran ofrecerse las caricias y entregarse con el fuego de nuestra sangre isleña. Vivíamos en un bohío de guano y yaguas, con piso de tierra, pero con bastante espacio y comodidades. Entre Rodolfo y yo hicimos un pozo en el patio de la casa y aunque el agua salió un poco salobre, nos acostumbramos a tomarla y así teníamos resuelto ese gran problema para muchos en el campo. Era una tierra colorada en la que solamente había algunos paños que se podían arar, el resto era pedregosa hasta llegar a ser diente de perro cerrado en las partes más altas de la loma, pero era tierra fértil, donde se daban las viandas, el ajo, la cebolla y crecía buen pasto para el ganado.

Los primeros tiempos fueron muy buenos, Rodolfo se llevaba muy bien conmigo; aunque por dentro no podía evitar el celo que me producía ver a mi madre en brazos de

un hombre distinto a mi padre, hacía esfuerzos para que las relaciones fueran buenas, entre otras cosas porque de esa manera mi madre se sentía feliz. Para entonces tenía apenas quince años de edad, pero trabajaba a la par de Rodolfo y no había tarea que me acobardara. En ocasiones, en tiempos en que no teníamos mucho atareo con la estancia, aprovechaba el fin de semana y me iba hasta Gibara para distraerme un poco y dejar a mamá libre el camino para entregarse al amor. De Los Cupeycillos a Gibara el camino era un trillo estrecho, en el que lo mismo se encontraba uno con grandes elevaciones como con hondonadas, tan pronto estaba uno rodeado de monte, donde no veía otra cosa que no fueran árboles y manigua, como estaba en lo alto de una loma desde donde se divisaba un paisaje hermoso. A la derecha, cuando uno se dirigía a Gibara, quedaba abajo como un brazo de mar, una especie de río ancho. Era la desembocadura del río Cacoyugüín, que cuando subía la marea se convertía en un verdadero mar. A sus lados crecía una copiosa vegetación, que con el sol de las primeras horas de la mañana o las últimas de la tarde brillaba con distintos tonos de verde o azul. Si estaba en una de las partes altas del trillo, me sentaba en una piedra y contemplaba el paisaje con deleite a la vez que tomaba aire para seguir el camino de casi legua y media. Ya a la entrada de Gibara, en el alto donde se encontraba el fuerte de San Bernardo, hacía una nueva pausa, esta vez para contemplar la anchura del puerto y los botes de remo de los pescadores. Allá a la derecha, la Silla de Gibara se elevaba con su figura inconfundible, acompañada de dos o tres elevaciones más. Los soldados que hacían la guardia, cuando notaban mi presencia levantaban el fusil y me gritaban:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Gente amiga, paisano.

Me acercaba a la posta, me daba a conocer y así me iba haciendo amigo de los soldados que después ya no me daban el alto, sino que me llamaban para conversar, pues el soldado de guardia aprovecha la presencia de cualquiera para tener con quien hablar un rato. Seguía mi camino e iba directamente a la casa de Martiliano Hernández, el pariente que nos ayudó en los días que vivimos en Gibara. Tanto él como su mujer y los hijos me recibían con cariño, pero la que de verdad me llenaba de alegría era Zenaida, una de las hijas más o menos de mi edad, que se estaba abriendo como un botón de rosa, con una fuerza tan grande que me atormentaba solamente con mirarla. Formaban el alboroto y luego del saludo ya me estaban preguntando cuántos días me iba a quedar.

¹ Fragmento de la novela inédita *Cien isleños en Gibara*, de próxima publicación.



—El lunes tengo que amanecer en la tierra, ustedes se creen que el campesino no tiene que trabajar.

—Quédate, para poder bañarnos bastante en el mar.

Y ella lo decía con voz cantarina, en tono de súplica, sin darse cuenta que me destrozaba el corazón con su voz y su mirada. Íbamos el grupo de muchachos a bañarnos, pero el padre no se cansaba de repetirnos que tuviéramos mucho cuidado, que el mar es muy traicionero. Formábamos una enorme algarabía, pues nos reuníamos con varios amigos de ellos. La pasábamos bien, pero para mí era muy poco el tiempo pues las horas cerca de Zenaida volaban y cuando uno menos lo pensaba y menos lo quería, era la hora de irse. Vivían en la calle de San Mamerto número 27, una casa muy bonita de madera y zinc; la calle era de tierra como casi todas las calles de Gibara en esa época de fines de mil ochocientos. La madre de Zenaida se apresuraba en poner la comida, porque sabía que cuando uno regresa del baño de mar trae mucha hambre y también sabía que yo era de buen diente.

El sábado por la noche nos reuníamos en el portal a conversar y allí nos cogía hasta muy tarde recordando los tiempos de nuestra patria, los atareos del campo de allá, los pastoreos de los chivos y carneros, las carreras detrás de los animales, todo lo recordábamos con nostalgia y con cariño, porque no es fácil acostumbrarse a otras tierras aunque sabíamos que veníamos para quedarnos y no para andar de aquí para allá. En ocasiones salíamos por el pueblo; íbamos a la plaza del centro y después de oír la misa de las ocho en la iglesia que está frente a la plaza, nos reuníamos allí a perder el tiempo, eso es lo que decían los hermanos de Zenaida, pero yo no estaba perdiendo el tiempo estando cerca de Zenaida, si podía mirarla a los ojos, contemplar su cuerpo y soñar despierto con su boca roja. El domingo por la tarde regresaba a Los Cupeycillos y si salía muy tarde me agarraba la noche por el camino, pero como me lo sabía tan bien no me daban miedo la oscuridad ni el chirrido de grillos y chicharras, los aullidos de los perros jibaros, los gritos de las aves nocturnas, ni el de la lechuza que anuncia malos augurios. Mamá me esperaba levantada aunque fuera tarde, siempre me reprochaba por haberme demorado tanto:

—Ya me tenías agonizando por tu demora.

—¡Ay mamá!, ya no soy un niño de pecho, ¿qué me puede pasar?

—Es que me preocupa cuando veo que se hace de noche y no has llegado. Prefiero que si se te hace tarde te quedes por allá.

—No, eso no me lo diga, pues el trabajo es el trabajo y no quiero que llegue la hora de pegar el lunes y no estar aquí.

—¡Ay hijo!

—Bien, pero ve que no pasó nada. Martiliano Hernandez, su mujer Doña Aurelia, todos los muchachos y Zenaida te mandan muchos saludos.

—¡Eh!, ¿qué es eso de los muchachos y Zenaida? ¿No es Zenaida uno más de esos muchachos?

—Es un decir, un decir.

Bajé la cabeza al darme cuenta que había metido el pie, pero lo disimulé hablando de otra cosa para que no profundizara en el tema, cuando entró Rodolfo, que también me preguntó por la familia de Martiliano Hernández. Levantamos una buena estancia, de forma que a los pocos meses teníamos productos para alimentarnos y para llevar a Gibara a vender, que transportábamos en dos bestias por aquel trillo retorcido que en tiempos de agua se ponía infernal. Como la venta de casa en casa hacía perder mucho tiempo, acordamos dejar con ellos todo lo que llevábamos para que se encargaran de la venta, lo que no les ocasionaba muchas molestias, pues los muchachos sacaban a la calle los ajos, cebollas y viandas, y las vecinas iban a comprar. Yo no quería hacerme el sobresaliente, pero siempre estaba desesperado por ser quien llevara las mercancías, para poder ver a Zenaida, y cuando Rodolfo decidía ir, porque tenía que hacer alguna diligencia, me quedaba abatido pensando en ella.☒

Gilberto E. García Hernández (Gibara, 1926). Abogado y escritor cubano. Es doctor en Derecho, profesor de la Universidad de Oriente, miembro de la Unión Nacional de Juristas de Cuba, de las Sociedades Científicas Cubanas de Ciencias Penales y de la de Derecho Internacional, investigador de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba y miembro del Ateneo Bravo Correoso en esta ciudad. Además de artículos y ensayos de su profesión, ha publicado la novela *Memorias de la Ceiba* (1984) y tiene varias más inéditas. *Cien isleños en Gibara*, a la que pertenece el fragmento que publicamos, recibió el año 1998 el premio Internacional "Benito Pérez Galdós", en el concurso convocado por el Gobierno de Islas Canarias y la Asociación Canaria de La Habana.